

# ***El ojo claro***

*¿Hay un destino escrito para cada uno de nosotros? ¿O eso que llamamos destino se escribe a partir de los hechos de nuestras vidas que elegimos rescatar de la memoria? Cuatro mujeres intentan rehacer sus vidas después de la muerte del hombre de la casa. Ante la imposibilidad de seguir perteneciendo a una clase social privilegiada se refugian cada vez más en la vida que van recreando dentro. La voz de la niña del ojo claro va ganando protagonismo. Y es la niña, hija de un padre al que no conoció y otro que murió de forma temprana, quien descubre que las paternidades están ligadas a aquellas personas que como boyas en medio del océano nos ayudan a sostenerlos, a sortear tormentas y a salir a flote para seguir con nuestra propia travesía.*

## ***I***

### **Clavelina**

Apoyo mi cara sobre la ventanilla del auto, abro grande la boca, llego a mirarme en el espejo retrovisor que está del lado de afuera del coche; así, con la boca abierta, parezco un pescado recién sacado del agua que pide a gritos volver a su hábitat natural. ¿Gritarán los peces? Si lo hacen, ¿qué cosas gritarán? ¿Qué cosas saldrán disparadas de su boca? De

pronto sale disparada de la mía este vomito frío, amargo, horrible, que corre por mi garganta hacia afuera... Pero el auto no se detiene, me pasan el pañuelo de la Pepa para que pueda limpiarme y todo sigue igual. El que no parece igual es el señor que nos lleva, lo veo menear su cabeza, pero no nos mira. En ningún momento lo vi levantar los ojos y mirarnos. No lo hizo cuando subimos al auto para formar parte del cortejo que acompañaría a mi papá Martín hasta el cementerio de la Loma y tampoco lo hizo cuando salimos de allí y nos abrió las puertas para que subiéramos al auto. Yo en realidad tenía ganas de volver caminando; tantas veces habíamos llegado hasta allí sólo por paseo con la Pepa. Pero la Pepa dijo que lo correcto era volver en auto. Fue ella quien decidió que yo estuviera en el entierro. Esa noche la escuché discutir con mi mamá, a quien descubrió llamando a casa de unos conocidos para que me vinieran a buscar; creo que la idea era sacarme de la escena y que yo regresara una vez que todo hubiera concluido. Pero fue la Pepa la que se negó, le pidió a mi mamá que no hiciera cosas raras, que dejara de disfrazar la realidad, que la muerte formaba parte de la vida. Eso dijo. Hay que aceptar las cosas, así como están sin llenarlas de extravagancias. Mi mamá obedeció las palabras de la Pepa y a mí me tranquilizó que las obedeciera, así que yo me quedé en la casa mientras se hicieron todos los preparativos. Claro que como la Pepa estuvo muy atareada no quise molestarla metiéndome en el medio. Pero antes de que mi papá Martín saliera de la casa para siempre, ella me dijo que había que despedirlo y así lo hice, de la mano de ella. Algo muy parecido había ocurrido cuando conocí a mi papá Martín. Un señor nos vino a buscar a mi mamá y a mí al departamento donde nosotras vivíamos en pleno centro. Al igual que hoy fue un día domingo, al igual que hoy fue una tarde de sol y al igual que hoy nos acompañaba Eliana, amiga de mi mamá y hermana de mi papá Martín. Lo único distinto es que aquella vez no me dejaron bajar el vidrio de la ventanilla del auto y asomar la cabeza por la ventana. Yo tenía sobre mis faldas

un libro de cuentos que Eliana me había regalado, y como no podía mirar hacia afuera me había entretenido con los dibujos del libro, unas acuarelas donde aparecía una hermosa casa que se levantaba sobre una colina, con sus paredes en distintas gamas de rojos. Yo tapé mi ojo oscuro y acerqué lo más que pude mi ojo claro al dibujo, tenía ganas de espiar lo que se veía a través de las ventanas de esa casa, cuando de pronto Eliana corrió el libro de mis manos y allí delante se levantaba una casa igual a la del dibujo. Bajamos las tres del auto, Eliana guardó en su cartera mi libro de cuentos y me arregló el vestido; mi mamá tocó el timbre de la casa y comenzó a subir las escaleras. La puerta se abrió y apareció un hombre muy delgado; ese hombre, que era el novio de mi mamá, iba a ser mi papá Martín. Detrás de él ya estaba la Pepa. Fue ella la que me alzó en brazos y me pidió que le diera un beso a ese hombre. Yo intenté correrme, no mirarlo, pero la atracción fue mayor; luego de un instante dejé que mis mejillas rozaran las suyas. Lo mismo casi ocurrió en la despedida, salvo por dos cosas, la primera es que yo ya no estaba en brazos de la Pepa y la segunda el intenso olor a vinagre que él despedía de su cuerpo.

## **Olivia**

Una hermosa mansión estilo Tudor, llena de cuartos, pasillos angostos y recovecos. Algunos de esos largos pasillos terminan su recorrido en un pequeño ventanal que mira hacia el mar. Es como si dentro de la casa hubiera un fantasma travieso al que se le ha dado por abrir huecos por doquier en busca de la naturaleza exultante que se impone afuera de la casa.

Ahora estoy parada frente a uno de los ventanales de la sala principal, desde aquí

puedo ver el mar. Y si miro hacia mi costado, por el otro ventanal veo hacia atrás los campos de golf. Esto es lo que el pobre Martin me dejó después de su muerte. Acabo de llegar de su entierro. Aquí todo es silencio, hemos entrado las mujeres como sombras a la casa, prometiendo ayudarnos las unas a las otras; pero a poco de haber cruzado el umbral, cada una buscó en silencio un lugar solitario donde poder refugiarse. Él se fue así, de repente, sin que nadie lo esperara, apareció tendido en el fondo del jardín. Recuerdo con claridad dos imágenes tuyas previas a ese momento. La primera, sentado en su reposera leyendo el periódico; recuerdo que me llamó la atención porque leía casi con la nariz pegada a la página. Lo recuerdo, además, porque subí hasta nuestro cuarto a buscar sus lentes. Pero una vez allí un llamado telefónico captó toda mi atención. Fue media hora después cuando, desde el ventanal del cuarto, lo volví a ver frente a su rosal. Y rato más tarde, cuando volví a mirar hacia el jardín ya no lo vi.

También recuerdo que en un momento creí que había alguien más del otro lado de la línea, como si desde abajo hubieran levantado el teléfono para escuchar la conversación, tanto que pregunté: Martín, ¿estás ahí? Pero nadie contestó. La persona con la que estaba hablando me interrogó acerca de mi intervención, le contesté que escuchaba un silencio hueco, un sonido similar al que se escucha cuando uno se encuentra sumergido en la profundidad de una pileta. Eso me distrajo y ya casi no pude continuar la conversación, así que decidí cortar y dejarla para otro momento. Iba a bajar para ver si había algún teléfono descolgado, cuando llamó mi atención la manga de un saco que asomaba desde la puerta abierta de mi placard. A esta altura es bueno que sepan que soy de esas personas que no pueden fijar su atención por mucho tiempo. Salto de una cosa a la otra y al final del día termino agotada y con las manos vacías, sintiendo que finalmente no he recogido nada. Sin embargo, no es la sensación que tengo hoy, aquí piso firme esta casa que me dejó Martín;

claro que haberla obtenido fue un mérito suyo. ¿Cuál fue el mío? Revolotear en torno a él como un pájaro, pero siempre mirando hacia otro lado.

## **La Pepa**

Es frente a este ventanal donde paso la mayor parte de mi tiempo. Últimamente se me ha dado por creer que es un espejo embrujado que me devuelve parte de la vida que no vemos. Aquí me tienen, vestida de luto y así estaré hasta el mismísimo día que me pongan la ropa que yo misma elegiré para mi entierro. Parada una vez más aquí me pregunto, ¿cómo no vi que se moría? ¿Cómo fue que no lo vi? ¿En qué me distraje? Dejo mi cartera sobre la mesada. Me saco el abrigo y me arremango. Voy hasta el canasto que está debajo de la escalera que da a la cocina y saco de allí: una, dos, tres, cuatro cebollas chicas. Las dejo sobre la mesada, no las paso por agua tibia. Esta vez no. Salteo aquello que me resulta insignificante para avanzar más rápido. Busco mi cuchilla. Tomo la tabla grande de picar que tengo apoyada en el ventanal, siempre secándose al sol. Ya lista frente a la mesada comienzo a pelar las cebollas, a arrancarles el pellejo y mientras lo hago pienso: ¿Dónde estaba ella para no ver que él se moría? Como relámpagos vienen las imágenes de ella al teléfono y la mía, siempre buscando algo para echar al fuego. Excusas para no salir de esta cocina. Es que este lugar se ha transformado en el confesionario de la casa. Pelo las cebollas tal como las pelaba aquella tarde, no vi nada en el parque, ella dice haberlo visto leyendo y luego revisando su rosal. Su rosal está en el fondo del jardín, en línea recta frente a esta ventana. ¿Cómo no pude verlo? De repente ya no puedo seguir mirando, veo todo nublado, bajo la vista y siento mi pollera mojada por el jugo de la cebolla que corre desde

la mesada. Quiero buscar un repasador para limpiarme, cuando un golpe seco me sorprende por detrás. Una de las tazas que está sobre una repisa se cae. La puerta de la cocina se abre furiosa por el viento; corro a cerrarla, pero antes que hacerlo el señor Martin la toma por afuera como para que no siga golpeándose y luego entra. Dicen que a algunos muertos les cuesta irse. A mí no me sorprende porque tengo por costumbre estar en contacto con ellos; esto me viene de familia, así me educaron, sé que no hay que hablarles para no perturbarlos. Trato de seguir con lo que estoy haciendo, lo miro de reojo, sigo sus movimientos. Él mira un periódico que trae en sus manos. ¿Será el último que miró esa tarde mientras estaba echado en su reposera? No puedo saberlo. Sigo como si no me llamara la atención lo que está haciendo. Sigo cortando cebollas, lo hago automáticamente. Él levanta la vista del periódico y mira el reloj de la cocina, se calza mejor sus lentes, vuelve a mirar la hora, luego en dirección a la heladera. Nuevamente el reloj y menea la cabeza. Con un golpe seco en el medio de mi estómago, creo entender lo que busca. Mi abuela tenía razón cuando decía que buscan con cosas insignificantes aferrarse a la vida. Entonces voy hasta la heladera, saco la leche y comienzo a preparar su taza de leche malteada tibia. Lo hago, así como lo hice los 52 años que duró su corta vida.

-----

**Si desea ver la Obra completa por favor escribanos solicitándola a través de nuestro sitio web desde la sección “contacto”, muchas gracias.**